



# CEU

*Universidad  
San Pablo*

## Santo Tomás de Aquino y la universidad

---

Manuel Alejandro Rodríguez de la Peña  
Catedrático de Historia Medieval  
Universidad CEU San Pablo

Festividad de santo Tomás de Aquino  
28 de enero de 2025



CEU | *Ediciones*

# **Santo Tomás de Aquino y la universidad**

---

**Manuel Alejandro Rodríguez de la Peña**  
Festividad de santo Tomás de Aquino  
28 de enero de 2025

**Universidad CEU San Pablo**

## **Santo Tomás de Aquino y la universidad**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© 2025, Manuel Alejandro Rodríguez de la Peña  
© 2025, Fundación Universitaria San Pablo CEU

CEU Ediciones  
Julián Romea 18, 28003 Madrid  
[www.ceuediciones.es](http://www.ceuediciones.es)

Maquetación: Andrea Nieto Alonso (*CEU Ediciones*)

Depósito legal: M-1913-2025

## Sumario

Introducción: Tres gigantes italianos del siglo XIII.....	7
La orden dominica y las universidades .....	10
La Universidad de Nápoles y el maestro Pedro de Irlanda .....	12
La Universidad de París y el <i>studium</i> conventual de Santa Cruz de Colonia.....	13
La <i>inceptio</i> como maestro regente de la Universidad de París.....	18
Apéndice: Hechos biográficos de santo Tomás de Aquino entre 1239 y 1257 .....	26



*In memoriam Luis Suárez Fernández († 15-12-24)*

*y*

*Dalmacio Negro Pavón († 23-12-24)*



*Estimadas autoridades académicas,  
queridos compañeros,  
queridos alumnos de la Universidad CEU San Pablo:*

## Introducción: Tres gigantes italianos del siglo XIII

Uno de los escolios del gran Nicolás Gómez Dávila más celebrados entre los historiadores es aquel que reza: «No son raros los historiadores franceses para quienes la historia del mundo es un episodio de la historia de Francia». Y es que el chauvinismo francés se manifiesta en el campo de la historiografía como en tantos otros. Ahora bien, en lo que respecta al Medievo, no les falta parte de razón. En efecto, es un lugar común entre los medievalistas afirmar que la llamada *bella Edad Media*<sup>1</sup>, es decir, el apogeo de la civilización medieval occidental a partir del año mil, fue esencialmente una creación cultural francesa.

No en vano fenómenos como el gótico, la escolástica, los trovadores, las cruzadas, la feudalidad, el ideal caballeresco, Cluny, el Císter o incluso el propio Camino de Santiago son, en origen, ideas nacidas en el corazón de Francia. Sin embargo, no es menos cierto que en el siglo XIII, el llamado *Siglo de San Luis*, que marca el apogeo de esa bella Edad Media, las tres grandes luminarias que iluminaron la Cristiandad latina nacieron en Italia.

Nadie discute hoy que las figuras gigantescas de los italianos san Francisco de Asís, Dante y santo Tomás de Aquino marcan el cénit de la civilización medieval, respectivamente, en los campos de la espiritualidad, la literatura

---

1 Véase Jacques Le Goff, *Una larga Edad Media*, Barcelona, 2008.

y la filosofía. San Francisco es el santo más parecido a Cristo en dos mil años de cristianismo, aquel que devolvió a la Iglesia el ideal de humildad y pobreza del Evangelio; Dante es el autor literario universal por excelencia del Medioevo, el único entre los escritores medievales que se codea con figuras universales como Shakespeare, Cervantes, Goethe o Virgilio. A lo que hay que unir que Dante es el único católico que no ha subido a los altares al que sucesivos pontífices han dedicado tres encíclicas, la última redactada por el Papa Francisco<sup>2</sup>. En cuanto a santo Tomás, no cabe duda de que ningún otro pensador en dos mil años de Cristianismo ha influido de forma tan determinante en lo que significa hoy día ser católico, con las únicas excepciones de san Pablo y san Agustín<sup>3</sup>.

Además de su italianidad y su catolicidad, los tres tienen en común haber nos dejado auténticos monumentos en forma de textos referenciales. Los tres son autores y, por ello, los tres son, en un sentido laxo, «intelectuales», término anacrónico para la Edad Media, pues data del siglo XVIII, pero cuyo uso ha validado un maestro de medievalistas como Jacques Le Goff<sup>4</sup>.

Su formación y su producción intelectual son, por consiguiente, del máximo interés. Y aquí encontramos la primera diferencia entre los tres: san Francisco de Asís fue un hombre sabio, qué duda cabe, pero alguien por completo ajeno a las escuelas y a las universidades, incluso a la alta cultura latina propia de la Iglesia de su tiempo. Su maravillosa poesía es poesía popular, poesía del pueblo llano. Tenía más de trovador que de escolástico. En cuanto a Dante, aunque fue circunstancialmente maestro universitario en Bolonia y París y su cultura enciclopédica era la alta cultura latina aristotélica propia de la escolástica del siglo XIII, su vida transcurrió entre la política, el estudio y la creación literaria. Nunca fue un intelectual puro. Ciertamente, Dante fue un universitario, pero fue otras muchas cosas además de eso<sup>5</sup>.

---

2 Benedicto XV en 1921, Pablo VI en 1965 y Francisco en 2021.

3 Véase Étienne Gilson, *El tomismo: Introducción a la filosofía de santo Tomás de Aquino*, Pamplona, 2002.

4 Véase Jacques Le Goff, *Los intelectuales en la Edad Media*, Barcelona, 2012.

5 Véase Manuel Alejandro Rodríguez de la Peña, *La Europa de Dante*, Madrid, 2024.

Y llegamos al meollo de la cuestión, al epicentro de esta lección. Santo Tomás y la universidad. Y es que, al contrario que san Francisco o Dante, la vida del Aquinate fue, por encima de todo, la de un hombre de universidad, un profesor en estado puro, alguien en quien todos los miembros de este claustro podemos legítimamente vernos reflejados.

En este sentido, el hecho de que fuese un fraile dominico puede llevarnos a engaño. Obviamente, su pertenencia a la Orden de Predicadores y su consagración a la vida religiosa son elementos más definitivos en su identidad personal que la mucho más secular vocación académica. Ahora bien, si examinamos con atención los documentos del proceso de canonización y la propia bula promulgada por Juan XXII proclamándolo santo de la Iglesia universal en 1323<sup>6</sup>, nos encontramos con un hecho muy llamativo que el principal historiador de la santidad medieval, André Vauchez, ha señalado en diversas ocasiones.

Vauchez apunta que, por vez primera en un proceso de canonización, la *fama sanctitatis* del Aquinate fue evaluada por los promotores de la causa teniendo en cuenta su amor al estudio y la sabiduría por él demostrada en sus obras. De hecho, en una de las deposiciones, leemos cómo Bartolomeo de Capua enumera una por una todas sus obras. En la propia bula de canonización el Romano Pontífice dice que sus famosas *questiones quodlibetales*, los célebres debates académicos públicos que santo Tomás sostuvo en la Universidad de París, podían ser contados junto a sus milagros: *tot miracula fecit quot determinavit questiones*<sup>7</sup>.

Es cierto que Vauchez cita como precedentes los procesos de canonización de san Luis de Anjou, san Edmundo de Abingdon y santo Tomás de Cantalupo, pero todos ellos fueron también obispos (de Tolouse, Canterbury y Hereford respectivamente)<sup>8</sup>. El primer católico canonizado en cuya causa se hayan valorado sus logros intelectuales sin haber tenido ninguna otra posición más que una cátedra universitaria es nuestro patrono, santo Tomás. Asimismo, es el primer Doctor de la Iglesia que obtuvo en vida un doctorado universitario.

---

6 Bula *Redemptionem misit* de 18 de julio de 1323.

7 André Vauchez, *La santità nel Medioevo*, Bolonia, 1989, n. 33, p. 395. Sobre esto, véase también Gerald Cresta, «Valor y sentido del conocimiento en las Órdenes mendicantes del siglo XIII», *Acta Scientiarum*, 32 (2) (2010), pp. 141-51.

8 A. Vauchez, *La santità*, op. cit., pp. 388-94.

André Vauchez llega incluso a afirmar que nacía así en la Iglesia «una nueva forma de santidad»: la del intelectual católico<sup>9</sup>. Abundando en esta idea de santidad vinculada a la sabiduría, Étienne Gilson ha subrayado que, frente a la actitud moderna de querer aprender «algo útil», el legado de Tomás de Aquino es el mismo de Sócrates: el amor a la sabiduría como un fin en sí misma, no como un medio para obtener éxito en la vida. «Ningún tomista dudará nunca del valor ético de una vida consagrada al estudio (...) ¡Mirad al propio santo Tomás! Nunca hizo otra cosa que leer, aprender, enseñar, escribir y rezar»<sup>10</sup>.

Por supuesto, más importante aún que su sabiduría, para los promotores de la causa de canonización la principal virtud cristiana del Aquinate fue su profunda humildad. En este sentido, resulta bien conocida la última frase conservada de santo Tomás, referida por su acompañante, fra Reginaldo: *Tutto quanto ho scritto mi pare ora una bagatella* («todo lo que he escrito me parece ahora cosa de risa»)<sup>11</sup>.

Más allá de todo esto, el meollo de la cuestión es que, en el caso de un fraile dominico medieval, no había contradicción alguna, más bien al contrario, entre vocación académica y vocación religiosa. Y es precisamente por aquí por donde debemos empezar esta pequeña exploración de la figura del Aquinate en relación con la universidad: por su condición esencial de fraile dominico, una vocación que descubrió cuando era estudiante universitario.

## La orden dominica y las universidades

Ser dominico era convertirse en *un pobre de Cristo*, un mendigo itinerante consagrado a Dios en el ámbito específico de las universidades, pues esa era la vocación primigenia de la orden fundada por santo Domingo de Guzmán a partir de dos casas de estudiantes en París y Bolonia. Que el voto de pobreza se lo tomaban extraordinariamente en serio todavía en la época del Aquinate nos lo revelan las severas instrucciones de san Alberto Magno a sus discípulos, entre los que se contaba el propio santo Tomás. Por ejem-

---

9 A. Vauchez, *La santità*, op. cit., pp. 388-89 y 394-95.

10 Étienne Gilson, *El amor a la sabiduría*, Caracas, 1974, p. 51.

11 A. Vauchez, *La santità*, op. cit., p. 395.

plo, reitera una y otra vez la prohibición terminante de usar cabalgaduras para viajar. De este modo, el Aquinate, el maestro universitario más famoso de la Cristiandad de la época, recorrió toda Europa occidental a pie al igual que antes había hecho su maestro<sup>12</sup>. De Nápoles a París, de París a Colonia, de Colonia a París, de París a Roma, de Roma a Tolouse, de Roma a París de nuevo, de París a Nápoles, y, finalmente, de Nápoles a Lyon. Todo a pie. A lo que hay que añadir detalles como la constante escasez de algo tan valioso para un intelectual medieval como era el pergamino para escribir. En las actas del proceso de canonización un testigo habla de cómo tuvo que escribir la *Summa contra Gentiles* en pedazos y trozos dispersos que reunía como podía<sup>13</sup>.

Con todo, siendo esto fundamental para comprender la radicalidad evangélica de la elección vocacional del joven Tomás, descendiente, no lo olvidemos, de un poderoso linaje aristocrático de caballeros del Mezzogiorno, no deja de ser cierto que el voto de pobreza de los dominicos era compartido por otras órdenes religiosas. El Aquinate bien podría haber permanecido en la Abadía de Montecasino, donde había cursado sus estudios primarios, y haber vivido allí la pobreza como monje benedictino.

Lo que hacía únicos a los dominicos era su vinculación orgánica con las nacientes universidades<sup>14</sup>, traducida en la fundación de conventos que operaban como colegios universitarios<sup>15</sup> y en el desarrollo de un método de estudio particular<sup>16</sup>. El caso es que fue precisamente mientras estudiaba en la

---

12 Alberto Magno, por ejemplo, recorrió toda Italia buscando manuscritos de Aristóteles (Pierre Mandonnet, OP, «S. Albert le Grand», *Dictionnaire de théologie catholique*, vol. 1, París, 1903, p. 671),

13 Josef Pieper, *Introducción a Tomás de Aquino. Doce lecciones*, Madrid, 2005, p. 45.

14 «El éxito de la propuesta de los frailes predicadores encuentra su explicación en la simbiosis entre la orden y su ambiente de reclutamiento: los frailes, antes de ser maestros, son estudiantes» (Marco Rainini, OP, «L'Università di Parigi e l'Ordine dei Predicatori: origini, sviluppo e crisi di un rapporto», *Divus Thomas*, 106 (3) (2003), p. 16).

15 Entre los más célebres se encuentran el de Saint-Jacques en París y Blackfriars en Oxford.

16 Puede servirnos de ilustración respecto a cómo afrontaban los estudiantes dominicos sus estudios universitarios el siguiente consejo de un manual anónimo compuesto en el *studium* conventual de Tolouse en torno al año 1283: «Has de frecuentar las clases, escuchar con diligencia las lecciones matutinas y las repeticiones vespertinas, rumiando lo que has oído en tu propia mente y, en la medida de tus posibilidades, aprender las cosas de memoria; has de hacer siempre preguntas a los maestros, habiendo dejado de lado tu vergüenza; y estimular tus talentos naturales para la elaboración algún día de tus propias obras originales» (*Frequentare scolas, lectiones et repetitiones diligenter audire et audita tecum ruminare, et cordetenus, quantum poteris, retinere; de dubiis, postposita uerecundia, interrogare; excitare tuum ingenium ad faciendum collationes et sermones* [Libellus de instructione et consolatione novitiorum, BMT, fol. 205v.]). Agradezco a Miguel Jiménez de Cisneros haber llamado mi atención sobre este pasaje.

Universidad de Nápoles cuando el joven Tomás conoció al carismático predicador dominico Giovanni de San Giuliano y decidió, pese a la oposición cerrada de toda su familia, tomar el hábito con diecinueve años.

## La Universidad de Nápoles y el Maestro Pedro de Irlanda

Hay una antigua frase castellana que reza: «Ser cocinero antes que fraile». Pues Tomás de Aquino fue universitario antes que fraile. Veamos ahora cómo era el *alma mater* de santo Tomás. La Universidad de Nápoles tenía dos características que la hacían única entre las universidades de la Cristiandad en el siglo XIII. En primer lugar, era la única universidad no eclesiástica, pues su fundación se debió al emperador Federico II de Sicilia y el salario de sus cátedras era abonado directamente por la corona del reino de Sicilia. Es decir, era lo más parecido que había en el siglo XIII a lo que hoy llamaríamos una universidad «pública»<sup>17</sup>.

La segunda característica estaba ligada a la primera: «Apenas había otro lugar en la Cristiandad donde fuese posible con tal intensidad y extensión el encuentro de Tomás de Aquino con Aristóteles»<sup>18</sup>. De hecho, era el único *studium* de Occidente (junto a Padua) donde el estudio de los *libri naturales* de Aristóteles no sólo no estaba prohibido, sino que era fundamental. Esto se debía a la inclinación por el aristotelismo de su fundador, el tan erudito como heterodoxo emperador Federico II<sup>19</sup>.

El maestro de la Universidad de Nápoles que más destacaba por su conocimiento de la obra de Aristóteles era Pedro de Irlanda (Petrus de Hibernia, †1260), uno de los grandes pioneros del aristotelismo europeo medieval, una corriente de pensamiento que renovaría radicalmente todos los planteamientos escolásticos<sup>20</sup>. Y fue él precisamente el primer maestro del joven

---

17 Véase Girolamo Arnaldi, «Fondazione e rifondazioni dello Studio di Napoli in età sveva», *Università e società nei secoli XII-XVI*, Pistoia, 1982, pp. 81-105.

18 J. Pieper, *Introducción a Tomás de Aquino*, op. cit., p. 52.

19 Véase Fulvio delle Donne, «The University of Naples and the Organisation of Official Culture», *CIAN*, 21 (1) (2018), pp. 79-97.

20 Véase Étienne Gilson *La filosofía en la Edad Media*, Madrid, 1995; y Robert Pasnau, «The Latin Aristotle», *The Oxford Handbook of Aristotle*, ed. C. Shields, Oxford, 2012, pp. 665-89.

Tomás. Este sabio irlandés había estudiado filosofía en Oxford y París, y medicina en Salerno. Enseñaba lógica aristotélica y ciencias naturales siguiendo el método del Estagirita. Tanta reputación tenía que el rey Manfredo de Sicilia acudió a escuchar una de sus lecciones magistrales, que versó sobre la *Metafísica* de Aristóteles. Entre sus numerosos méritos intelectuales están haber sido el primer autor latino en comentar la famosa *Guía de perplejos* de Maimónides, siendo sus comentarios incluidos por el erudito judío Moisés ben Salomón en su traducción latina de la célebre obra del sabio hebreo de Córdoba. De hecho, hay indicios de que Pedro de Irlanda y Moisés ben Salomón formaron un grupo de estudio de la obra de Maimónides en Salerno en el que maestros cristianos y judíos colaboraron<sup>21 y 22</sup>.

Gracias a sus años junto a Pedro de Irlanda, el Aquinate utilizará con gran audacia a lo largo de toda su vida materiales no sólo de los Santos Padres (sobre todo de san Agustín, su autor de referencia), sino también de filósofos paganos (Aristóteles principalmente), judíos (Ibn Gabirol, Maimónides) y musulmanes (Alfarabi, Avicena, Averroes...). De hecho, hay obras suyas donde la mayor parte de las citas son de filósofos árabes y hebreos<sup>23</sup>.

## La Universidad de París y el *studium* conventual de Santa Cruz de Colonia

Santo Tomás retornará a su *alma mater* al final de su vida, convertido ya en el sabio más reputado de la Cristiandad, cuando el rey de Nápoles, Carlos de Anjou, le ofrezca en persona una cátedra de maestro regente en la universidad napolitana. En medio de estos dos periodos napolitanos, el Aquinate vivió tres décadas de batallas intelectuales cuyo epicentro fue París, la principal universidad de la Cristiandad. En París, a donde lo enviaron los supe-

---

21 M. B. Crowe, «Peter of Ireland, teacher of St. Thomas Aquinas», *Studies*, 45 (1956), pp. 443-56; James A. Weisheipl, OP, *Friar Thomas D'Aquino: His Life, Thought, and Works*, Washington, 1983, pp. 17-19; Michael M. Dunne, «Petrus de Hibernia. A thirteenth-century Irish philosopher», *Philosophical Studies*, 33 (1991-2), pp. 201-30; James J. McEvoy, «Maître Pierre d'Irlande, professeur *in naturalibus* à l'Université de Naples», en J. Follon y J. J. McEvoy (ed.), *Actualité de la pensée médiévale*, París, 1994, pp. 146-58.

22 Véase Michael M. Dunne, «Peter of Ireland, The University of Naples and Thomas Aquinas' Early Education», *Yearbook of the Irish Philosophical Society*, Maynooth, 2006, pp. 84-96.

23 Véase Étienne Gilson, *Pourquoi saint Thomas a critiqué saint Augustin suivi de Avicenne et le point de départ de Duns Scot*, París, 1986, pp. 8-127.

riores de su orden, el joven Tomás conocerá a uno de los sabios más grandes del siglo XIII, que providencialmente era un fraile dominico: san Alberto Magno, un alemán con una inclinación por las ciencias naturales aristotélicas tan acusada o más que la del propio Pedro de Irlanda.

San Alberto Magno era un pionero, un entusiasta del estudio de las ciencias naturales y la filosofía aristotélica<sup>24</sup>. Esto era algo que no comprendían muchos en su misma orden. En palabras del propio Alberto Magno: «Hay algunos que no saben nada de nada pero que luchan con uñas y dientes contra la filosofía secular, incluso entre los dominicos (...) Son como animales salvajes y hacen pedazos lo que no entienden»<sup>25</sup>.

Lo tremendamente audaz de la apuesta por Aristóteles de san Alberto Magno no acaba de comprenderse en su justa medida hoy día. Después de la muerte del dominico alemán, Aristóteles, gracias sobre todo al propio santo Tomás, se convertirá en «el Filósofo» con mayúsculas para la Cristiandad católica hasta el siglo XVII. Pero, a mediados del siglo XIII, todavía era un filósofo sospechoso para la ortodoxia, alguien cuyos *libri naturales* habían sido quemados en hogueras públicas en París sólo treinta y cinco años antes (1210) de que Alberto Magno comenzase sus enseñanzas en esa universidad<sup>26</sup>.

Conservamos, de la propia mano del Aquinate, evidencia escrita de que su primer año de estudio junto a san Alberto Magno estuvo consagrado íntegramente a la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles, una obra capital por aquel entonces casi desconocida en el Occidente latino. Piénsese en lo que ello significa: un año académico dedicado a un libro. Y un libro declarado sospechoso por las autoridades universitarias, además. Algo impensable hoy día, tanto por la forma de ver el aprendizaje, sin prisa alguna por avanzar en el temario, como por la radical libertad de cátedra que ello implicaba. En palabras de Josef Pieper, Aquino estudió a Aristóteles junto a Alberto Magno

---

24 En palabras de Étienne Gilson: «El mérito principal de Alberto Magno consiste en haber sido el primero en ver el enorme acrecentamiento de riquezas que representaban la ciencia y la filosofía greco-árabes para los teólogos cristianos (*La Filosofía en la Edad Media*, op. cit., p. 493); véase Loris Sturlese, «Il razionalismo filosofico e scientifico di Alberto il Grande», *Documenti e Studi sulla Tradizione Filosofica Medievale*, 1 (2) (1990), pp. 373-426.

25 San Alberto Magno, *Epistolae*; apud Anders Piltz, *The World of Medieval Learning*, Oxford, 1981, p. 174.

26 Véase Luca Bianchi, ed., *Christian Readings of Aristotle from the Middle Ages to the Renaissance*, Turnhout, 2011.

«a pesar de los Papas», lo que, según él mismo apostilla, «hay que confesar que no se comprende del todo por parte de estos frailes de mentalidad totalmente papal»<sup>27</sup>.

Por supuesto, ni al maestro ni a sus discípulos les sucedió absolutamente nada. No sólo no sufrieron castigo alguno estos incansables buscadores de la Verdad, sino que, tras su muerte, fueron proclamados ambos Doctores de la Iglesia. En la universidad del siglo XIII la libertad de cátedra, garantizada por la autoridad del propio Romano Pontífice, era algo casi sagrado. No fue hasta finales de siglo que comenzara a expulsarse a los profesores averroístas de los claustros y no sería hasta entrado el siglo XIV que se persiguiera inquisitorialmente a los maestros universitarios heréticos. Me arriesgo a aventurar que en no pocos aspectos había más libertad de cátedra en las universidades del siglo XIII que en muchas universidades del siglo XXI.

Bien mirado, el principal problema que tuvieron los dominicos Alberto Magno y Tomás de Aquino no fueron las autoridades eclesiásticas sino sus compañeros de claustro, los llamados «maestros seculares», aquellos que no tenían votos religiosos<sup>28</sup>. En febrero de 1252, los maestros de París habían publicado un «manifiesto» (el *Quoniam in promotione*) por el que exigían que ninguna orden religiosa pudiera tener más de una cátedra en la universidad. Dos años después enviaban una *Apología* dirigida a todos los obispos de la Cristiandad donde calumniaban a los maestros mendicantes y pedían que se les expulsase de las universidades. El propio Papa Inocencio IV decidió apoyar a los maestros seculares y promulgó una bula, la *Etsi animarum*, por la que se limitaba el número de cátedras a una por orden religiosa y universidad<sup>29</sup>.

Este era el ambiente que reinaba en París cuando Tomás regresó desde Colonia a la Ciudad de la Luz. Los dominicos ya contaban con dos cátedras en París, por lo que esta situación suponía un desafío y los situaba en

---

27 J. Pieper, *Introducción a Tomás de Aquino*, op. cit., p. 54.

28 Sobre la controversia de los maestros seculares con los mendicantes, véase Sita Steckel «Rewriting the Rules: The Secular-Mendicant Controversy in France and its Impact on Dominican Legislation, c.1230-1290», *Making and Breaking the Rules: Discussion, Implementation, and Consequences of Dominican Legislation*, ed. C. Linde, Oxford, 2018, pp. 105-30.

29 Véase A. G. Traver, «Rewriting History? The Parisian Secular Masters *Apologia of 1254*», *History of Universities*, ed. P. Denley, Oxford, 2000, pp. 9-46.

la ilegalidad. Por supuesto, esto impedía que Tomás accediera a una tercera cátedra. En cuanto a los franciscanos, ya tenían un maestro regente en la universidad, por lo que el italiano Juan de Fidanza (conocido como san Buenaventura), uno de los grandes intelectuales del siglo XIII europeo, tuvo que resignarse a dar clase sólo en el Colegio Franciscano de París. Pero las cosas empeorarían aún más para los frailes. En marzo de 1253 estallaron disturbios y un estudiante fue asesinado por los ciudadanos de París. Las autoridades académicas decretaron una huelga universitaria, un fenómeno habitual en el siglo XIII por el que todas las clases cesaban hasta que los maestros recibieran las reparaciones adecuadas<sup>30</sup>. Ignorando la llamada a la huelga, los dos maestros regentes dominicos y el franciscano continuaron dando clase. En represalia, la universidad expulsó del claustro a los tres maestros y llegaron a solicitar su excomunión al obispo de París<sup>31</sup>.

A todo este ruido ambiental la orden franciscana respondió al modo franciscano: es decir, acataron humildemente todas las abusivas disposiciones de la universidad. Llegaron incluso a pedirle al único maestro regente franciscano, el inglés Guillermo de Middleton, que renunciara a su cátedra de teología para que san Buenaventura pudiese tomar posesión de la suya. La Orden de Predicadores, por el contrario, optó por recurrir a una autoridad superior: la del Papa. Sabían que, a diferencia de Inocencio IV, el nuevo Pontífice, Alejandro IV, era amigo de las órdenes mendicantes. De hecho, su primer documento como Papa fue anular la bula *Etsi animarum* de su predecesor, terminando con la restricción al número de cátedras<sup>32</sup>.

El cambio de rumbo en Roma se dejó sentir de inmediato en París. En 1255 tuvieron lugar tres acontecimientos relacionados entre sí:

- Abandonando las prohibiciones anteriores, la universidad incorporó las obras de Aristóteles a su canon de libros de lectura obligatoria para los estudiantes.

---

30 Véase Alan B. Cobban, «Medieval Student Power», *Past and Present*, 53/1 (1971), pp. 28-66.

31 Randall B. Smith, *Aquinas, Bonaventure, and the Scholastic Culture of Medieval Paris: Preaching, Prologues, and Biblical Commentary*, Cambridge, 2021, p. 2.

32 R. B. Smith, *Aquinas, Bonaventure*, op. cit., p. 2.

- Se publica el libro *De Periculis novissimorum* («De los peligros de los novísimos»), escrito por el archienemigo de los mendicantes, el maestro parisino Guillermo de Saint-Amour, que acusa a los frailes de ser «instrumentos del Anticristo». Fue quemado públicamente por orden del Papa Alejandro IV.
- Finalmente, tras vencer todo tipo de resistencias, Tomás de Aquino obtuvo del canciller de la universidad su *licentia* como *magister* en Teología.

Ahora bien, los problemas de Tomás no terminaron aquí, pues los maestros seculares de la facultad de Teología se negaron a acoger en su claustro al nuevo *magister* dominico. Se aferraron a un incumplimiento de la normativa universitaria: Tomás acababa de cumplir los treinta años y no podía convertirse en maestro regente, pues los estatutos exigían haber cumplido los treinta y cinco<sup>33</sup>. Las fuentes coinciden en que Tomás acató sin más la decisión.

Para desbloquear la situación fue necesario que sucediese algo que nunca había ocurrido y que, hasta donde yo sé, no ha vuelto a suceder: En octubre de 1256, el Papa Alejandro IV promulgó una bula dirigida a la Universidad de París por la que obligaba a esta, bajo pena de interdicto, a incorporar de inmediato a su claustro como maestro regente al Aquinate<sup>34</sup>.

Parece que Tomás quedó «terriblemente perturbado» por el inusitado privilegio que suponía esta bula. Apeló a Roma llamando la atención sobre su «juventud, inexperiencia e insuficientes conocimientos»<sup>35</sup>. Pero fue en vano. Y es que sus superiores en la Orden de Predicadores le ordenaron que aceptase y este, obligado por el voto de obediencia, no tuvo más remedio que ceder. Por increíble que parezca, sólo la autoridad del mismísimo Romano Pontífice consiguió que el que quizá sea el profesor más grande que haya visto la universidad, santo Tomás de Aquino, pudiera acceder a su cátedra en el mes de agosto del año 1257.

33 Jean-Pierre Torrell, OP, *Initiation à saint Thomas d'Aquin: Sa personne et son œuvre*, París, 1993, pp. 50-51.

34 R. B. Smith, *Aquinas, Bonaventure*, op. cit., pp. 2 y 364. La bula también menciona a Buenaventura. Pero este consiguió meses antes que Tomás acceder a su cátedra, tras lo cual fue inmediatamente elegido general de la Orden Franciscana y abandonó París. Lo cual dejó al Aquinate solo ante el problema con el claustro.

35 J. A. Weisheipl, OP, *Friar Thomas D'Aquino*, op. cit., p. 96.

## La *inceptio* como maestro regente de la Universidad de París

Ahora bien, más allá de la bula pontificia, para ser maestro regente de pleno derecho, Tomás tenía primero que tomar posesión de su cátedra en una ceremonia que se llamaba *inceptio*. En el curso de esta compleja ceremonia los nuevos maestros regentes tenían que resolver una serie de cuestiones controvertidas (*questiones disputatae*) en dos días consecutivos de debates académicos públicos. Finalmente, varios días después, los nuevos maestros impartían una lección magistral inaugural, conocida como *principium in aula*<sup>36</sup>.

Esta lección se parecía mucho a las *lectiones* ordinarias, con una única salvedad: De acuerdo con los estatutos de la Universidad de París, aunque la lección del *principium in aula* era uno de los puntos culminantes en la ceremonia de toma de posesión de la cátedra, se suponía que debía ser impartida «con brevedad» (*breviter*) y «terminada rápidamente» (*celeriter terminata*)<sup>37</sup>. Una clase magistral ordinaria duraba, como hoy día, en torno a una hora, pero la *lectio* inaugural del nuevo maestro regente solía ocupar un tercio de ese tiempo, en torno a veinte minutos. En este sentido, sabemos que la lección magistral de Tomás de Aquino fue bastante breve, de apenas diez minutos, la mitad del tiempo habitual. En cambio, la de san Buenaventura fue mucho más larga, de más de cuarenta minutos<sup>38</sup>.

Ahora bien, la *lectio*, la lección magistral diurna en la que los estudiantes escuchaban en silencio mientras tomaban apuntes, era sólo una parte de la enseñanza universitaria en el Medievo, mucho menos rígida y autoritaria de lo que se suele creer. De hecho, se podría decir que en ella reinaba más el debate que en las universidades actuales. En efecto, tan importante como la *lectio* eran las *disputationes* vespertinas y las *questiones*, debates filosóficos, públicos y abiertos en los que participaban maestros y estudiantes y en los que la dialéctica imperaba sobre la retórica. En este sentido, Josef Pieper ha apuntado que en «la estructura de la enseñanza, tal y como santo Tomás la

---

36 R. B. Smith, *Aquinas, Bonaventure*, op. cit., p. 328.

37 Chartularium Universitatis Parisiensis, ed. H. Denifle, OP, y E. Chatelien, vol. 2, París, 1891, no. 1188, pp. 693-694; J. A. Weisheipl, OP, *Friar Thomas D'Aquino*, op. cit., p. 99; R. B. Smith, *Aquinas, Bonaventure*, op. cit., p. 79.

38 R. B. Smith, *Aquinas, Bonaventure*, op. cit., pp. 79-80.

entendió, el estudiante tiene que “tomar parte”, aun cuando no tome la palabra; el maestro tiene que interpelarlo en su propio discurso. Aquí encontramos en acción la antigua idea socrático-platónica de que la Verdad sólo tiene lugar en la conversación, en el diálogo (...) Ser enseñado quiere decir: ver qué –y por qué– lo dicho por el que enseña es verdadero y válido»<sup>39</sup>.

Los debates públicos regulares comenzaron a celebrarse en la facultad de Teología de París a partir del año 1250 y se conocían como *quaestiones disputatae*, es decir, temas discutidos, en los que uno de los maestros regentes presentaba una tesis y la defendía contra los argumentos de sus oponentes. El *magister* era quien elegía el tema a tratar, pero se veía sometido a un auténtico bombardeo dialéctico por otros maestros antes de poder pronunciar su *determinatio* magistral, con la que concluía el debate. Ciertamente, las más interesantes de estas *disputationes* eran las «extraordinarias», celebradas en París dos veces al año, justo antes y después de Cuaresma. Se las conocía como *quaestiones quodlibetales* debido a que eran debates completamente libres. Es decir, eran preguntas formuladas por *cualquiera (a quolibet)* de entre el público, sobre *cualquier* tema (*de quolibet*)<sup>40</sup>. No cabe calificar más que como una desgracia para el cultivo libre del intelecto la desaparición de esta práctica en nuestras universidades contemporáneas.

Entre los maestros regentes de la Universidad de París en la época del Aquinate, cuatro destacaron por su dedicación a las *questiones quodlibetales*: Enrique de Gante, Godofredo de Fontaines, Gerardo de Abbeville y el propio Tomás de Aquino<sup>41</sup>. Los tres primeros eran enemigos jurados de los mendicantes. El primero de ellos, conocido como el *Doctor Solemnis*, era el principal adversario del aristotelismo latino que encarnaban san Alberto Magno y santo Tomás. En cuanto al último de ellos, Gerardo de Abbeville, era además enemigo personal del Aquinate, siendo sus numerosos discípulos, conocidos como los *geraldinos*, los principales adversarios de santo Tomás en la universidad. Llama la atención la popularidad del maestro Gerardo frente a un Tomás que sólo contaba con el apoyo de los frailes de Saint-Jacques, ya que sólo tenemos noticia segura de apenas un discípulo

---

39 J. Pieper, *Introducción a Tomás de Aquino*, op. cit., p. 46.

40 Elsa Marmursztejn, *L'autorité des maîtres. Scolastique, normes et société au XIIIe siècle*, París, 2007, p. 13.

41 E. Marmursztejn, *L'autorité des maîtres*, op. cit., p. 15.

parisino en esos primeros años. De hecho, la imagen que debemos recrear en nuestras mentes es la del *buey mudo* (apodo del Aquinate) solo ante el peligro en la Universidad de París, rodeado de los hostiles *geraldinos*.

Todos tenemos en la retina la figura de Salieri, el antihéroe de la película *Amadeus* que vivió a la sombra del genio de Mozart. Se podría decir que Gerardo de Abbeville fue «el Salieri» de Tomás de Aquino. Ahora bien, Gerardo y Tomás compartieron su pasión por las disputas filosóficas públicas; fueron los dos únicos maestros de París que mantuvieron un ritmo de dos *questiones quodlibetales* por año en la década de 1260<sup>42</sup>. Había estudiantes tomando cumplida nota de todo y luego estos apuntes eran enviados a los *stationarii*, los libreros oficiales de la universidad, que los hacían copiar y distribuir en las más de veinte librerías del París de entonces<sup>43</sup>. Gracias a ellos conservamos manuscritos de casi treinta *questiones* de santo Tomás, pero también de decenas de las debidas a Gerardo de Abbeville, Enrique de Gante y Godofredo de Fontaines<sup>44</sup>.

La escasa popularidad entre los maestros y estudiantes de París del Aquinate, sobre todo si la contrastamos con la de sus rivales, se debía sobre todo a su audacia, una virtud con la que no se lo asocia hoy día, quizá debido a que el tomismo suele estar vinculado en el imaginario colectivo con posturas tradicionales o conservadoras. Sin embargo, en vida, Tomás de Aquino fue un pensador que conjugó en sus obras y sus lecciones una absoluta ortodoxia religiosa con una sorprendente audacia intelectual a la hora de defender los tres pilares en torno a los cuales construyó su carrera académica: teólogo, aristotélico y dominico.

El hecho de reunir la triple condición de maestro de la facultad de Teología, ser defensor de Aristóteles y fraile le valió la inquina de aquellos que en París se oponían a esas tres cosas: es decir, los maestros de la facultad de Artes Liberales

---

42 E. Marmursztejn, *L'autorité des maîtres*, op. cit., p. 16.

43 En el París de la época de santo Tomás se ha calculado que se distribuían en torno a un millar de libros académicos al año en las librerías además de miles de pecia, los apuntes oficiales de las clases de los maestros regentes copiados en librillos de pliegos sin encuadernar. Téngase en cuenta que todavía no había llegado el papel a Occidente, que en el siglo siguiente reduciría diez veces el coste de los libros. En el siglo XIII, la biblioteca de un maestro universitario oscilaba entre un mínimo de treinta y un máximo de cien códices (algunos contenían hasta una decena de obras). En total trabajaban en el entorno de la Universidad unos doscientos escribanos, la mayor parte estudiantes pobres que así costeaban sus estudios (Jacques Verger, *Gentes del saber en la Europa de finales de la Edad Media*, Madrid, 1999, pp. 92-93).

44 La lista completa es reproducida por E. Marmursztejn en *L'autorité des maîtres* (op. cit., pp. 277-85).

(rivales de los teólogos), los defensores de Platón y los que querían expulsar a los mendicantes de la universidad. Si sumamos las tres variables resulta que sus adversarios en París eran legión. Por eso hay que ver en Santo Tomás no a una figura aclamada por unos colegas y alumnos rendidos a su genio, sino un hombre valiente y audaz que se enfrenta, impertérrito, a una cierta hostilidad ambiental en la que todos los *scholares* asistentes a los debates *quodlibetales* podían formularle preguntas u objeciones. Un auténtico duelo dialéctico de espadas.

Con todo, al igual que en el caso de Salieri y Mozart, a quien la posteridad recuerda es a santo Tomás. ¿Quién sabe hoy quiénes eran Gerardo de Abbeville, Enrique de Gante y Godofredo de Fontaines? Es un consuelo para todos los profesores universitarios de hoy en día que no se sienten suficientemente reconocidos: el tiempo suele poner las cosas en su sitio. No cabe duda de que así ha sido con santo Tomás.

Una cuestión que podría suscitarse es dónde tuvo lugar esta primera lección magistral de Santo Tomás como maestro regente. Sabemos que fue en el gran salón de audiencias del palacio episcopal de París, pues la universidad no disponía entonces de ningún edificio en propiedad<sup>45</sup>. Si lo que nos preguntamos es dónde impartió Tomás sus clases a partir de ese momento, lo cierto es que no lo sabemos con exactitud, pero una pista decisiva tiene que ver con uno de los escasos oyentes de la *lectio* inaugural que apoyaban al Aquinate: Roberto de Sorbon.

Este erudito maestro de teología de orígenes campesinos que acabaría siendo rector de la Universidad y confesor del rey san Luis fundó en el año 1257 un «colegio mayor» para estudiantes y maestros pobres (*Maison de pauvres maîtres*), colegio que pronto sería conocido como La Sorbona. Crecería tanto en importancia en las siguientes décadas que, ya en la Edad Moderna, terminaría dando nombre a toda la Universidad de París, conocida en todo el mundo como La Sorbona<sup>46</sup>.

---

45 R. B. Smith, *Aquinas, Bonaventure*, op. cit., p. 2.

46 Véase John W. Sabapathy, «Regulating Community and Society at the Sorbonne in the Late Thirteenth Century», *Legalism: Justice and Community*, ed. F. Pirie y J. Scheele, Oxford, 2014, pp. 151-76.

Resulta que este Colegio Mayor de La Sorbona fue el primer edificio monumental de la Universidad de París<sup>47</sup>. Es decir, cuando Tomás de Aquino impartió su *lectio* no había en París un aulario o edificio permanente para albergar las clases magistrales de los maestros. Estas tenían lugar inicialmente en los claustros de los monasterios de Sainte-Geneviève, Saint-Victor y Saint-Germain, en los conventos mendicantes de Saint-Jacques y Cordeliers, en la sala capitular del colegio universitario cisterciense de los bernardinos y en el refectorio de los frailes trinitarios<sup>48</sup>. Sólo la multiplicación de los colegios mayores en el siglo XIV en París, Bolonia, Salamanca, Oxford y Cambridge dotó a las grandes universidades de aularios permanentes, grandes bibliotecas y edificios monumentales<sup>49</sup>.

Lo cual nos lleva a una triple reflexión: para empezar, hay que insistir en el papel fundamental de los colegios mayores a la hora de proveer de un espacio educativo adecuado a las universidades. Todavía hoy día Oxford y Cambridge giran en torno a este sistema en el que las facultades juegan un papel por entero subordinado a los *colleges*. En segundo lugar, no debemos perder de vista que estos colegios fueron creados como instituciones educativas de élite, pero para los pobres, aunando la caridad y el estudio en una institución que tendrá tanto éxito que en el siglo XVI será tomada al asalto por la aristocracia de sangre.

En tercer lugar, y lo más importante de todo, repárese en el hecho de que las primeras universidades no se vertebraban en torno a los aularios, sino en torno a comunidades de estudio, es decir, en torno a los vínculos personales entre maestros y estudiantes universitarios. Los aularios y los campus llegaron mucho más tarde. De hecho, cuando los maestros decidían abandonar una ciudad, la universidad «se iba con ellos» (así nacieron las universidades de Cambridge, Orleans o Padua)<sup>50</sup>. Eran las almas y no las piedras las que in-

---

47 J. Verger, *Gentes del saber*, op. cit., p. 100.

48 Jacques Le Goff, *Los intelectuales en la Edad Media*, 2ª ed., Barcelona, 2017, pp. 82-83. El primer terreno perteneciente al conjunto de la corporación de la Universidad de París fue un campo de juegos en el Prado de los Clérigos situado fuera de los muros de la ciudad.

49 En el caso de París, junto a La Sorbona destacaron el Colegio de los Dieciocho (*Collège-des-Dix-huit*) y el Colegio de Ave María. En 1350 la Universidad de París ya contaba con 37 colegios mayores (John W. Baldwin, *Paris, 1200*, Stanford, 2010, pp. 32, 34 y 185; véase Astrik L. Gabriel, «The Practice of Charity at the University of Paris During the Middle Ages: Ave Maria College», *Traditio*, 5 (1947), pp. 335-39).

50 Alan B. Cobban, *The Medieval Universities. Their Development and Organization*, Londres, 1975, pp. 98-99.

dicaban la existencia de una universidad. En la fórmula medieval latina: *ubi scholares, ibi universitas* («donde están los maestros, allí está la universidad»).

Llegados a este punto, concluyamos abordando el contenido de la *lectio* inaugural de santo Tomás, pues tenemos la enorme suerte de contar con el texto original, descubierto a finales del siglo XIX en un manuscrito de la biblioteca del convento de Santa Maria Novella en Florencia<sup>51</sup>.

El Doctor Angélico, ese hombre tan pacífico como audaz, en lugar de calmar las aguas, decidió pronunciar una lección controvertida, cargada de mensajes y significado. Pero comencemos por el principio, es decir, por su título. El título de la *lectio* del Aquinate es tremendamente significativo. Era normativo utilizar como base argumentativa en estas *lectiones* inaugurales de la facultad de Teología un versículo bíblico que además daba nombre a la *lectio* cuando esta se convertía en texto escrito<sup>52</sup>. Como hemos señalado antes, Tomás estaba profundamente turbado por la manera tan inusual en la que había accedido a su cátedra. Sabía de la hostilidad de sus compañeros de claustro, sabía que no cumplía los requisitos estatutarios. Y, humilde como buen fraile, tenía en bien poco su propia competencia intelectual<sup>53</sup>.

Por todo ello, cuando se puso a preparar la *lectio* inaugural, entró en una crisis acompañada de llanto y comenzó a rezar pidiendo al Señor inspiración. De acuerdo con lo que relata uno de sus primeros biógrafos, el dominico Bernardo Gui<sup>54</sup>, tras mucho rezar, Tomás fue vencido por el sueño. Y en sueños vio a un anciano con el hábito dominico que le sugirió como tema de su *lectio* una frase del Salmo 103 de la Biblia Vulgata: *Rigans montes de superioribus suis* («Riegas los montes desde tu alta morada»)<sup>55</sup>. El Aquinate utilizará esta frase de los Salmos como alegoría teológica de los ríos de sabiduría que el Espíritu Santo vierte sobre los maestros cristianos y construirá sobre ella.

---

51 El manuscrito de las dos lecciones inaugurales de santo Tomás y san Buenaventura fue descubierto por Pietro Antonio Uccelli (Florentine MS G. 4. 36) y se publicó por primera vez en 1912. Resulta curioso que Buenaventura, considerado generalmente un intelectual menos «aristotélico» que Tomás, hace uso de varios pasajes de Aristóteles justo al principio de su *lectio*, mientras que Tomás no cita a Aristóteles ni una sola vez (R. B. Smith, *Aquinas, Bonaventure*, op. cit., pp. 4-5).

52 R. B. Smith, *Aquinas, Bonaventure*, op. cit., pp. 4-5.

53 En este aspecto al menos no era un típico universitario. Todas las fuentes subrayan que el principal defecto de los maestros regentes de las universidades medievales era su *superbia* intelectual.

54 Inmortalizado como inquisidor dominico en la novela de Umberto Eco *El nombre de la rosa*.

55 104:13 en la Biblia de Jerusalén (J. A. Weisheipl, OP, *Friar Thomas*, op. cit., p. 96).

En su análisis de la *lectio*, Simon Tugwell sugiere que Tomás tenía en mente un tema filosófico relacionado con el breve tratado que había estado escribiendo el año anterior: *De ente et essentia* (*Sobre el ser y la esencia*). Esto es, la cuestión sobre la mayor o menor presencia de Dios en todo lo que hace el ser humano<sup>56</sup>. Relacionado con esta compleja cuestión teológica estaba un debate entonces muy en boga en las universidades medievales: ¿los profesores realmente *enseñan*? ¿O sólo Dios enseña a través de ellos? Los que defendían la segunda postura recordaban que Jesucristo advierte en Mateo 23:10 que nadie debía llamarse a sí mismo «maestro». Citaban también un pasaje del *De magistro* de san Agustín, según el cual ningún profesor, estrictamente hablando, debería ser llamado «maestro»<sup>57</sup>.

A esto se unía la recepción de las ideas de Platón, el filósofo de referencia en las universidades medievales hasta mediados del siglo XIII. Por ejemplo, en uno de los diálogos platónicos, el *Menón*, se afirma que el único papel del maestro es hacer recordar al discípulo aquello que su alma ya sabe: sus «ideas seminales» (*semina scientiarum* en la traducción latina)<sup>58</sup>. Algo parecido a esta doctrina platónica de la reminiscencia defendían también los seguidores del aristotelismo averroísta, pero recurriendo en su caso al concepto de «intelecto agente»<sup>59</sup>.

Curiosamente, esta forma de ver la enseñanza en la que el profesor universitario es reducido al papel de un mero *facilitador* ha vuelto en nuestros días con el surgimiento de la inteligencia artificial. Por poner sólo un ejemplo, un catedrático de la Universidad Carlos III lo ha formulado del siguiente modo: «Tradicionalmente, el profesor universitario ha sido visto como la figura que transmite conocimiento, el “poseedor de la verdad” que dirige el proceso de aprendizaje. Sin embargo, con la llegada de la IA, este rol está mutando hacia el de un facilitador»<sup>60</sup>.

---

56 Simon Tugwell, OP, «Aquinas: Introduction» en *Albert and Thomas: Selected Writings*, Nueva York, 1988, pp. 214-15; R. B. Smith, *Aquinas, Bonaventure*, op. cit., p. 87.

57 Por ejemplo, Guillermo de Auxerre en su *Summa Aurea* (IV, ed. J. Ribailier, París, CNRS, 1980-1986, pp. 88, 97 y 116; S. Tugwell, OP, *Aquinas: Introduction*, op. cit., pp. 214-15; R. B. Smith, *Aquinas, Bonaventure*, op. cit., p. 87).

58 Platón, *Menón*, 81d: «Así, pues, para el alma, siendo inmortal, renaciendo a la vida muchas veces, y habiendo visto todas las cosas, tanto las de aquí como las del Hades, no hay nada que no haya aprendido; de modo que no hay de que asombrarse si es posible que recuerde, no solo la virtud, sino el resto de las cosas que antes también conocía».

59 R. B. Smith, *Aquinas, Bonaventure*, op. cit., p. 88.

60 Á. García Crespo, «La IA y el nuevo papel del profesor universitario», *Espacios de educación superior*, 20-10-2024; <https://www.espaciosdeeducacionsuperior.es/21/10/2024/la-ia-y-el-nuevo-papel-del-profesor-universitario>.

Por supuesto, santo Tomás no adopta este enfoque, muy al contrario. Para el Aquinate, cualquier aproximación a la naturaleza de la enseñanza que disminuya el estatuto de causalidad secundaria en el mundo, es decir, que «atribuya a las causas primeras todos los efectos que se producen en las cosas inferiores», no sólo «se aparta del orden del universo, que está entretejido por el orden y la conexión de las causas» (*derogatur ordini universi, qui ordine et connexione causarum contextitur*); peor aún, «insulta a Dios», que «por la eminencia de su bondad hace que las cosas no sólo existan, sino también sean causas» (*ex eminentia bonitatis suae rebus aliis confert non solum quod sint, sed et quod causae sint*). En román paladino, Dios no nos ha creado «autómatas», sino «creadores» a Su imagen y semejanza. En definitiva, afirmar que un maestro no enseña realmente es, según sentencia Tomás, como decir que «un médico no cura realmente la enfermedad»<sup>61</sup>.

Ahora bien, «los buenos maestros también deben entender que no enseñan su propia verdad, sino la de Dios. El maestro no tiene por qué tratar de hacer discípulos para sí mismo, porque no es *su* verdad lo que comparte. Los maestros, como la montaña, reflejan la luz desde arriba. Por sí solos, sin la luz reflejada del Sol, traen oscuridad y sombras»<sup>62</sup>. Por otro lado, santo Tomás enfatiza que los estudiantes deben ser capaces de *admirar* a sus maestros. De este modo, recurriendo a las imágenes de la «montaña» del versículo bíblico que recibió en el sueño, Tomás recuerda que «los estudiantes deben aprender a “mirar hacia arriba” (...) En sus maestros, los estudiantes deben ver una encarnación de su propia vocación de llegar a ser como las montañas»<sup>63</sup>.

En dos antiguos catedráticos eméritos de nuestra universidad, fallecidos ambos el pasado mes de diciembre, Luis Suárez Fernández y Dalmacio Negro Pavón, hemos visto muchos de nosotros auténticas montañas de sabiduría. Quisiera que esta pequeña *lectio* fuese mi humilde homenaje a ambos. He dicho.

---

61 R. B. Smith, *Aquinas, Bonaventure*, op. cit., p. 88; S. Tugwell, OP, *Aquinas: Introduction*, op. cit., p. 215.

62 R. B. Smith, *Aquinas, Bonaventure*, op. cit., p. 91.

63 R. B. Smith, *Aquinas, Bonaventure*, op. cit., p. 91.

## Apéndice: Hechos biográficos de santo Tomás de Aquino entre 1239 y 1257

Otoño, 1239	Tomás de Aquino comienza sus estudios en la <b>Universidad de Nápoles</b> ( <b>Pedro de Hibernia</b> se convierte en su maestro).
Abril, 1244	Tomás de Aquino profesa como fraile dominico a los diecinueve años.
Otoño, 1245	Tomás de Aquino prosigue sus estudios en la <b>Universidad de París</b> ( <b>Alberto Magno</b> se convierte en su maestro).
Invierno, 1248	La <b>orden dominica</b> funda cinco colegios universitarios conventuales ( <i>Studia generalia</i> ) en París, Oxford, Bolonia, Montpellier y Colonia.
Verano, 1248	Tomás de Aquino prosigue sus estudios en el <b>studium dominico de Colonia</b> , cuyo rector es Alberto Magno.
Febrero, 1252	Los <b>maestros de la Universidad de París</b> denuncian a los frailes que ejercen la docencia universitaria y acuden al Papa: comienza el conflicto con entre maestros seculares y mendicantes.
Abril, 1252	Un estudiante muere en una disputa callejera en París: <b>huelga</b> de los maestros y estudiantes de la <b>Universidad de París</b> . Los frailes se niegan a secundarla.
Verano, 1252	Tomás de Aquino retorna a la <b>Universidad de París</b> (se establece en el <b>studium dominico de Saint-Jacques</b> ).
Noviembre, 1254	Bula <i>Etsi animarum</i> del <b>Papa Inocencio IV</b> : apoya a los maestros seculares frente a los mendicantes y limita el número de cátedras de los mendicantes (una por cada orden).
Diciembre, 1254	Muere Inocencio IV; es elegido Papa <b>Alejandro IV</b> , que inmediatamente anula la Bula <i>Etsi animarum</i> .
Año 1255	El líder de los maestros seculares de París, <b>Guillaume de Saint-Amour</b> , escribe el tratado <i>De periculis novissimorum</i> , donde acusa a los frailes mendicantes de ser instrumentos del Anticristo. Tomás de Aquino le responde con otro tratado titulado <i>Contra impugnantes</i> . El Papa ordena que el códice del <i>De periculis</i> sea quemado en la hoguera.
Marzo, 1255	La Universidad de París incorpora las obras de <b>Aristóteles</b> en su canon de libros de lectura obligada para los estudiantes.

Primavera, 1256	Tomás de Aquino obtiene del canciller de la Universidad de París su <i>licentia</i> como <b>magister en Teología</b> . Los maestros regentes seculares se niegan a recibirle en el claustro como maestro regente, al igual que al franciscano Juan de Fidanza ( <b>san Buenaventura</b> ).
Octubre, 1256	El <b>Papa Alejandro IV</b> promulga una bula dirigida a la Universidad de París por la que obliga a esta a incorporar a su claustro como maestros regentes a Tomás de Aquino y Buenaventura.
Febrero, 1257	<b>San Buenaventura</b> abandona la Universidad de París al ser elegido superior de la Orden Franciscana.
Agosto, 1257	<b>Inceptio</b> de Tomás de Aquino en París. <b>Lección magistral</b> ( <i>principium in aula</i> ) ante el claustro.

Fecha	Exégesis	Teología	Apologética	Filosofía	Filosófico-Teológica
1254	—	1254-56 <i>Comm. in Sen.</i>	—	—	—
1255	—	—	—	<i>De Principiis Naturæ</i>	—
1256	1256-59. <i>In Matt., Marc., Luc., Ion.</i>	—	—	<i>De Ente et Essentia</i>	QQ. de Vestate (1256-59)
1257	—	<i>In Boetii de Trinitate</i>	<i>Contra impug. Dei cultum</i>	1258 (?). <i>In 1 Boetii de Hebdom</i>	—

